REPERTORIO TEATRAL.

COLECCION

DE

OBRAS DRAMÁTICAS

ORIGINALES Y TRADUCIDAS.

Castor y Polux



Precio 6 reales.

11

MADRID.

LIBRERIA DE CUESTA, CALLE MAYOR.

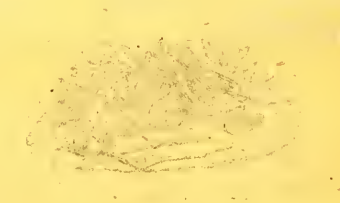
REPERTORIO TEATRAL

COLECCION

DE

OBRAS DRAMÁTICAS

ORIGINALES Y TRADUCIDAS.



MADRID

CÁSTOR Y POLUX.

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA, ESCRITA EN FRANCÉS

POR

MM. BAYARD Y LEON LAYA

acomodada á la escena española

por D. Isidoro Gil y D. Luis de Olona.



MADRID.

IMPRENTA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS

CALLE DEL TURCO, NÚMERO 11.

1855.

PERSONAGES.

D. Enrique de Lizana *(27 años.)*
Gonzalo, *su hermano (20 años.)*
D. Gaspar Mendoza.
D. Camilo.
La Baronesa de Alvarado.
Eugenia, *hija de D. Camilo.*
Jacinta.
Criado.

La escena en el primer acto, en la casa de campo de Lizana; el segundo en Madrid en la de D. Camilo.

Acto primero.

Una sala elegante en casa de Enrique; puerta al foro y laterales.—A la izquierda, un velador. A la derecha, un vis-á-vis.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE. GASPAR.

GASPAR. *(Que viene por el foro.)* En fin, caro Enrique, héte ya en Madrid, en tu linda casita de campo, á las puertas de la córte... No hay cosa como viajar para apreciar despues el gusto de volver á ver á sus amigos.

ENRIQUE. Tienes razon... no hay nada como el suelo natal... Ni aun en Italia he podido olvidar el hermoso cielo de España... Ahora me parece que he estado un siglo lejos de vosotros... Desde que he venido me encuentro otro...

GASPAR. Yo tambien estoy mejor, ¿no es verdad? ¿No te parece que he engordado?

ENRIQUE. Tú siempre eres y has sido un buen chico.

GASPAR. Sí por cierto, un chico alegre y vivaracho.

ENRIQUE. ¿Y qué haces ahora? Cuandó me marché, te ocupabas en formar una coleccion de pedruscos... y tú llamabas á eso estudiar...

GASPAR. La geológia... era geólogo... De entonces acá he variado completamente... al principio me metí á filarmónico y me dediqué á la parte de tenor... pero desafinaba de una manera atroz... Despues tuve gustos hípicos... y

terció en varias apuestas sobre caballos... hasta que en una corrida salí por encima de las orejas...

Enrique. ¿De quién?

Gaspar. ¡Toma! de mi caballo... ¿de quién habia de ser?... De sus resultas hice conocimiento con un médico á la moda, con un homeópata... aficionéme á la homeopatía, y me dediqué á ella con ardor.

Enrique. ¿Con que eres homeópata?

Gaspar. ¡Furioso!... Pero en el dia me ocupan otras ideas, otros gustos....

Enrique. Has hecho bien, porque si sigues dedicándote á los simples...

Gaspar. Me he lanzado á la diplomacia; á mí me gusta variar... El corazon es el único que continua siempre el mismo. Adoro á todas las mugeres en masa... ellas me lo pagan en detall... y ahora estoy á punto de hacer una calaverada, la última.

Enrique. ¿De veras?

Gaspar. Me caso... Sí, siento la necesidad de ser padre de familia; asi cambiaré.

Enrique. ¿Te casas?

Gaspar. Es decir, adoro á una muchacha, á un ángel que tiene... cinco mil duros de renta y esperanzas, muy buenas esperanzas... un padre rico y repleto... que es muy aficionado á caballos... Estoy esperando que el mejor dia le suceda alguna desgracia. Pero ¿y tú, Enrique mio? en mi último viaje á Francia, tu tia, que vive en Burdeos, me dijo que ibas tambien á hacer la tontería... de casarte.

Enrique. ¿Te dijo eso?

Gaspar. Sí... ¿con alguna italiana quizás? ¡Ay! ¡las italianas! ¡me muero por ellas!... deben ser... ¡Bien es verdad que las francesas! ¿eh?... ¿Con que la que tú amas?...

Enrique. Es lisa y llanamente una española establecida en Burdeos... una amiga de mi tia, la cual uniéndome á ella ha querido curarme de un pesar que yo creia eterno.

Gaspar. Sí, ya tengo noticia de él, ¡pobre amigo! ¡Oh! ¡las mugeres! Es la cosa mas linda del mundo; ¡pero tambien la mas!... ¡Oh!!! ¿Y es bonita tu amada?

Enrique. No lo sé... nos amamos desde lejos, sin conocernos... Pero tú tal vez la hayas visto por allá!... la de Fonseca... Laura Fonseca.

Gaspar. ¿Laura Fonseca? Aguarda... Sí, tu tia me habló

de ella... Pero no llegó á presentarme... Una muger encantadora y de gran talento.

ENRIQUE. ¡Oh! en cuanto á talento... estraordinario; hace dos años que mi tia estableció entre nosotros una correspondencia en que está pintada su alma. No puedo ponderarte bastante la gracia de su estilo... Es una seduccion á la cual no se puede resistir... Yo la amaba al principio, de rabia, de ira, como para vengarme; poco á poco fué apoderándose de mi corazon, y en el dia no pienso mas que en ella... la amo...

GASPAR. Sí, de lejos, como á los ángeles.

ENRIQUE. ¡Oh! ¡Si tú leyeses sus cartas!... Mira, nada mas que de pensar en ellas me siento enagenado. Es á tal punto que yendo á ponerme en camino para Burdeos donde ella me espera, he tenido miedo... ¡Recibe uno á veces tan terribles desengaños!

GASPAR. ¡A quién se lo cuentas!... Yo estuve para casarme con una muchacha de quien me enamoré por el retrato... era una miniatura preciosa, unos ojos, una boca... una... en fin, todo... Pero la habian retratado de frente, lo cual disimulaba cierta proeminencia que tenia en la espalda.

ENRIQUE. ¿Era jorobada?

GASPAR. Completamente; una bellísima jorobada... espero que tú no tendrás esa sorpresa... ¿Y de resultas de ese miedo te has venido á Madrid?

ENRIQUE. No solo por eso; me hubiera por fin encaminado directamete á Burdeos, sino hubiera sabido la enfermedad de mi pobre hermano.

GASPAR. ¡Ah! sí, de Gonzalo.,. Ya está fuera de peligro... un muchacho de veinte años que se pasa el dia suspirando. Todos hemos padecido ese achaque; yo le he sufrido tres ó cuatro veces.

ENRIQUE. ¿Amores?

GASPAR. Tú lo dijiste... No te inquietes por eso.

ENRIQUE. ¿Que no me inquiete? ¡Ah! es que tú no sabes cuánto es el cariño que yo profeso á ese hermano. Todo me alarma y me aflige cuando se trata de él!... Me arrepiento de haberle dejado tanto tiempo solo... Era yo un muchacho y él todavia un niño y le prodigaba los mayores cuidados, le mimaba, le consentia porque me parecia que era un depósito que mi madre al morir me habia confiado.

GASPAR. Vuestro cariño es proverbial... ¡Cástor y Polux!...

y eso que rara vez habeis estado juntos... porque últimamente el mismo dia que saliste para Italia llegó él de su viaje á Francia.

ENRIQUE. Cuando supe en Florencia su enfermedad, y que su vida corria peligro tuve un dia terrible! Mi dolor rayaba en remordimiento. Pero me han dicho que continua todavia triste, taciturno...

GASPAR. ¡Toma! ¡si está enamorado! Oyes, puede que sea achaque de familia porque tú eras tambien muy tentado de la risa; el niño mimado del bello sexo. ¡Qué envidia te he tenido en algun tiempo!

ENRIQUE. ¡A mí!

GASPAR. En cuanto te veia una muchacha bonita; ó mejor dicho en cuanto tú veias...

UN CRIADO. *(Anunciando.)* Una jóven desea hablar con el señor.

GASPAR. ¡Eh! y apenas has llegado... Dí, chico; ¿y la de Burdeos?

ENRIQUE. ¡Chist! y no desatines...

CRIADO. Dice que es Jacinta.

ENRIQUE. ¡Jacinta! ¡la linda Jacinta!

GASPAR. ¡Oiga! ¿con que linda, eh?... Me voy...

ENRIQUE. ¡Eh! ¡no, quedate... Que entre. *(Váse el criado.)*

GASPAP. Si es una amiga....

ENRIQUE. Sí, una amiga, de que me envanezco como de una buena accion.

ESCENA II.

DICHOS. JACINTA.

JACINTA. *(Saliendo por el foro.)* Muy bien venido, don Enrique.

ENRIQUE. ¡Jacinta! ¡Cuánto me alegro de verte!

JACINTA. No tanto como yo de ver á usted.

GASPAR. *(Aparte.)* ¡La chica es linda en efecto!

JACINTA. Hasta esta mañana no he sabido la llegada de usted; asi que lo supe le dije á mi marido: «Puede que vaya á incomodarle; pero yo no dejo pasar el dia de mañana sin hacerle una visita.»

GASPAR. *(Aparte.)* ¡Hola! ¡hay marido!

ENRIQUE. ¿Y cómo está el buen Molina?

Jacinta. ¡Oh! es un mozo que jamás está malo y que me hace muy feliz. A usted se lo debo, señor don Enrique; y él tampoco lo ha olvidado.

Enrique. No es estraño, porque por mí tiene una muger...

Gaspar. ¡Preciosa!

Jacinta. *(Volviéndose y haciendo un ligero saludo á Gaspar á quien no habia visto.)* ¡Caballero! *(A Enrique.)* Sí, pero le debe á usted mas; su comercio, su felicidad...

Gaspar. *(Aparte.)* ¡Pobre hombre! Si lo ha de pagar todo...

Jacinta. Pero yo he venido á incomodar á ustedes...

Enrique. No tal, tú siempre llegas á tiempo... ¿Gaspar, no conoces á esta jóven? ¿la bella Jacinta que hace tan lindas flores?...

Gaspar. ¡Ah! sí, ¿calle del Cármen? Gonzalo va muy á menudo á esa casa...

Enrique. Lo creo, como que son amigos nuestros; unos buenos amigos. Molina, el marido de Jacinta, es el que me ha escrito que viniese á ver á mi hermano. Ya sé todo el esmero con que le habeis tratado. Tú has sido su enfermera.

Gaspar. ¡Angelito! no tiene por qué quejarse.

Enrique. Pero dime, tú, que le veias continuamente... ¿á qué atribuyes su melancolía?

Jacinta. ¿Qué quiere usted que yo le diga? no lo sé... los médicos no han conseguido nada. Yo les oí decir por lo bajo que tenia una pasion de ánimo.

Gaspar. Eso es, amores.

Jacinta. ¿Cree usted? Yo tambien me lo sospecho, porque en viendo á un jóven enfermo es lo primero que se ocurre, pero sin embargo...

Enrique. ¿Has tenido otra idea?

Jacinta. ¡Oh! no he sido yo, sino una señora.

Gaspar. ¿Una señora? ¡diablo! la cosa se complica.

Enrique. ¿Quién es esa señora?

Jacinta. No la conozco. No la hemos visto mas que una vez, y aun por lo que á mí hace, ha sido muy de paso, al marcharse.

Enrique. ¿Eso parece cosa de novela?

Gaspar. Pero no en folletin... sino contada por la boca de una muger bonita... lo cual es infinitamente mejor... Vamos á ver, vamos á ver.

Jacinta. Han de saber ustedes que un dia se puso nuestro

jóven muy malo... empezó á delirar y tenia una gran calentura... Mi marido estaba al lado de su cabezera esperándome, porque alternábamos para cuidar del enfermo; cuando sintió que abrian con tiento la puerta del cuarto.

GASPAR. ¿Y era la prójima?

ENRIQUE. ¡Gaspar!

JACINTA. Se detuvo en el umbral... y al acercarse mi marido, le preguntó, con voz trémula y conmovida, por la salud de Gonzalo que no se hallaba en estado de verla... Preguntó si le habíamos escrito á usted que viniera; y habiéndola contestado mi marido que no: «¿Cómo» dijo, «no ven ustedes que está peor por el sentimiento de verse solo, abandonado del hombre á quien mas quiere en el mundo, de su adorado Enrique?» Se despidió despues y montó en una modesta berlina de alquiler en la cual habia venido.

GASPAR. ¡En una berlina tres por ciento! ¡malo!

ENRIQUE. ¿Y qué tal era su porte, su trage?...

JACINTA. ¡Oh! muy modesto... no podia sacarse por el gran cosa; al contrario...

GASPAR. ¡Trage de contrabando!

JACINTA. Yo creo que es alguna señora pobre que se interesa por la familia de ustedes. Don Gonzalo es de la misma opinion. Yo subia la escalera cuando ella se separaba de mi marido; no hizo alto en mí, pero yo la ví perfectamente. Mi marido escribió á usted al otro dia y casi al mismo tiempo empezó á mejorar el enfermo... Cualquiera hubiese dicho que sentia el alivio á medida que usted se acercaba.

ENRIQUE. ¡Pobre hermano! Pero él nada me ha dicho... ¿Qué he de hacer si es una pasion desgraciada?...

GASPAR. Dificililllo es el caso. A menos que no le cures homeopáticamente, con otros amores. *Similia similibus*, lo cual quiere decir; un clavo saca otro.

JACINTA. *(Que se habrá dirigido hácia el foro y mira por una ventana del lado izquierdo.)* Aquí le tienen ustedes... acaba de apearse del caballo.

ENRIQUE. ¿Gonzalo?

JACINTA. Hágame usted el favor de no decirle que yo he contado...

ENRIQUE. No, no.

ESCENA III.

DICHOS. GONZALO.

GASPAR. *(Que habrá ido á la puerta del foro.)* ¡Eh! venga usted acá, caballerito!

GONZALO. ¡Gaspar!... ¡Ah! ¡hermano! ¡Jacinta!

ENRIQUE. Te aguardaba mas temprano.... Estas algo pálido. ¿Cómo te sientes?...

GONZALO. Bien; un poco fatigado no mas.

ENRIQUE. Siéntate.

GONZALO. He tardado algo, porque me encontré por casualidad con don Camilo que iba hácia la Fuente Castellana en su coche, con su hija Eugenia.... Ya sabe usted...

GASPAR. ¿Hácia la fuente?... allá voy. ¡Diantre! ¡mi futura!

ENRIQUE. *(Aparte.)* ¡Qué sospecha! si fuese esa jóven. *(Alto.)* Jacinta, hazme el gusto de pasar á mi cuarto, y ver algunos regalos que he traido de Nápoles... quiero saber qué te parecen.

JACINTA. ¡Oh! desde ahora apuesto á que son de muy buen gusto.

GASPAR. ¡Hasta la vista, Enrique! Adios, enfermo. *(Saludando.)* ¡Señora! *(Aparte.)* Pues señor, no me disgustan los vigotes de esta chica... Si no me hallara á punto de casarme... *(Váse Jacinta por la derecha, y Gaspar por el foro.)*

ESCENA IV.

ENRIQUE. GONZALO.

ENRIQUE. ¿Por qué no me has dicho que querias salir á caballo esta mañana? Te hubiera acompañado.

GONZALO. No he sabido hasta ya tarde que don Camilo iba á paseo.

ENRIQUE. ¡Ah! ¡con que es ese don Camilo el del encuentro casual, señor reservado!... Habia salido con su hija... ¿Tiene una hija?...

GONZALO. Sí, una chiquilla que acaba de salir del colegio.

ENRIQUE. ¿Linda?

GONZALO. Maldito, si puedo decírtelo... como todas las muchachas; un airecito candoroso y simplon.

ENRIQUE. *(Aparte.)* No es ella... Sin embargo, él no iria por los buenos ojos del padre.

GONZALO. Siento en el alma haberte hecho esperar.

ENRIQUE. No lo creas, he estado hablando con Gaspar... y... confiándole mis penas, mis sinsabores.

GONZALO. ¿Quién? ¡Tú! tienes penas, disgustos, y no es á mí, á tu hermano, á tu Gonzalo á quien abres tu corazon!

ENRIQUE. No... ¿Acaso me abres tú á mí el tuyo?

GONZALO. ¡Oh! yo...

ENRIQUE. Y hé ahí justamente lo que le decia á Gaspar. Es un desatino imperdonable haberme separado de mi hermano, de mi buen Gonzalo... junto á él, al menos, hubiera dirigido sus primeros pasos en el mundo, participado de sus alegrías, de sus placeres, conservado su confianza...

GONZALO. Mi confianza, Enrique; es tuya, toda tuya.

ENRIQUE. ¡Mia! Y sin embargo me ocultas un secreto que te atormenta, y el cual acibararia menos tu existencia, si te franqueases conmigo; pero nó, prefieres sufrir, y me pones en la precision de adivinar.

GONZALO. ¿El qué?...

ENRIQUE. Que estás enamorado.

GONZALO. ¡Yo! Enrique...

ENRIQUE. Tú, Gonzalo. Mira, solo al oirlo se ha animado tu rostro, y han brillado tus ojos... ¡Anda! ¡pícaro! ¡Ola! ¡te ries!... Sí, sí, te ries... Vámos á ver, ¿y qué? no hay ningun mal en eso; ¿qué tiene de particular que estés enamorado? Yo mismo pensaba hacerte hoy una confianza, y hablarte de mis amores, de mi casamiento.

GONZALO. ¿Vas á casarte?

ENRIQUE. En Burdeos, y dentro de un mes me tienes en Madrid en una casa elegante y ricamente alhajada, con una muger encantadora que será tu hermana. ¡Oh! quiero que ella tenga los mejores carruajes, los mas preciosos brillantes, los mas estimados chales; que las eclipse á todas.

GONZALO. ¡Oh! hermano mio... ¡qué contento estoy! ¿y la quieres mucho?

ENRIQUE. ¡Que si la quiero!... ¡es una pasion ciega como ves; pero ya te lo contaré mas despacio y verás, que en esto de amores podemos muy bien darnos la mano!...

Vamos, ven, hablemos aquí los dos... como dos hermanos, es decir como dos enamorados... A tí te toca... Con que vamos á ver, segun íbamos diciendo tú estás loco, perdido por la hermosa...

GONZALO. ¡Oh! calla.

ENRIQUE. ¿Es persona de suposicion?

GONZALO. ¡Oh!

ENRIQUE. *(Llevándolo al vis-a-vis.)* Apuesto á que es una viuda... los muchachos siempre se inclinan á las de ese estado. *(Se sienta.)*

GONZALO. ¡Ay! ¡hermano mio!

ENRIQUE. Vamos, hombre, ánimo, ya sabemos que la amas... en eso no hay nada malo... ¡Al contrario! ¡El amor es la felicidad, es la vida!

GONZALO. ¡Es á veces la muerte!

ENRIQUE. ¡Qué disparate!

GONZALO. Sí tal.

ENRIQUE. ¡Eh! no... Si se muriese de resultas, dónde estaria yo á estas horas. ¿Y dices que hace mucho tiempo que eso dura?

GONZALO. Dos meses.

ENRIQUE. ¿Dos meses que eres amado?

GONZALO. ¡Amado!... ¿Estás en tí?

ENRIQUE. ¡Calle! ¿que si estoy en mí? ¡pues no he de estar!... Y á menos que ella no sea de una severidad...

GONZALO. ¡Oh! hermano mio, es la bondad misma.

ENRIQUE. Auto en favor... Si es bondadosa no tendrá valor para verte padecer mucho tiempo... La muger es compasiva por naturaleza... Si no fuera por eso todos los hombres nos moririamos á los veinte años... y el mundo se acabaria dentro de poco... ¡Pobre Gonzalo!... Y ¿dónde has conocido á esa señora, á esa linda é interesante jóven?... ¿porque debe ser linda?

GONZALO. ¡Encantadora! con una gracia, un talento...

ENRIQUE. Por de contado; la muger que uno ama está siempre llena de gracia y talento hasta que se deja de amarla; entonces suele parecernos todo lo contrario... Con que vamos á ver, ¿cómo la has conocido?

GONZALO. No lo sé... La ví por vez primera, á lo lejos, en el Teatro Real, fijándome con sus gemelos al tiempo que yo la miraba con los mios.

ENRIQUE. Lo que vale tener buena figura.

Gonzalo. A los dos dias de esto, fuí convidado á un baile que daba su tio, don Camilo de Mendoza, un ricacho de provincia que ha venido á establecerse en Madrid.

Enrique. ¿Y tú le conocias?

Gonzalo. No lo sé.

Enrique. Oyes, ¿segun veo tú nada sabes?

Gonzalo. Me convidaban sin duda como aficionado al baile, entre otros varios amigos de la casa.

Enrique. En fin, ¿fué ahí donde tú la conociste?...

Gonzalo. Sí... Cuando me acerqué á saludarla estaba hablando con su tio... El apenas hizo alto en mí y oí que decia á su sobrina... «Quién es este jóven»? Entonces dirigiéndome la palabra como para contestarle... «Adios, Sr. de Lizana,» dijo ella... Sabia cómo me llamaba, querido hermano!... Y en su voz, en su mirada habia cierta cosa que me penetró hasta el alma... Yo estaba inmóvil, trémulo delante de ella... cuando empezó á tocar la orquesta... «Tiene usted la bondad de darme el brazo hasta mi asiento» me dijo entonces con una sonrisa... una sonrisa...

Enrique. ¡Celestial!

Gonzalo. ¡Sí, celestial!

Enrique. ¡Pues!

Gonzalo. Al llegar á su asiento se presentó un jóven á pedirla que bailase con él... «Lo siento infinito, caballero, acabo de comprometerme con el señor.» Y es el caso que yo no la habia pedido nada...

Enrique. ¡Oiga!

Gonzalo. ¡Mi palabra de honor!

Enrique. ¡Prosigue, prosigue... es singular!

Gonzalo. Durante el rigodon, no cesó de hablarme, haciéndome mil preguntas acerca de mis gustos, de mis ocupaciones, de mi familia... Yo no sé lo que respondí... todo se me fué en decir sí y nó; estaba tan turbado!...

Enrique. Eras ya hombre al agua.

Gonzalo. Algunos dias despues fuí convidado á comer en casa del mismo D. Camilo Mendoza que apenas me conocia; pero ella, hermano mio, me hizo sentar á su lado, y á nadie habló sino á mí; otro dia me ofreció su palco en la ópera... y algun tiempo despues un asiento en su carruaje para acompañarla á paseo... Acepté y tuve el gusto de estar toda una tarde á su lado... ¡Oh! el cora-

zon se me queria salir del pecho solo de pensar en ello.

ENRIQUE. ¿Y qué la dijiste esa tarde?

GONZALO. Escuché enagenado aquella voz tan dulce que me hablaba como con temor de mí, de mi familia, pero no me atreví á mas.

ENRIQUE. Hiciste mal; se debe empezar siempre por atreverse, es el modo de no equivocarse.

GONZALO. Un dia estaba resuelto á ello... pero cuando llegué no pude verla, y Gaspar me dijo que iba á casarse... No sé cómo no me quedé muerto en el acto... Pero caí gravemente enfermo.

ENRIQUE. ¡Pobre hermano! Y yo no estaba aquí para aconsejarte... te hubiera dado valor para olvidar á una coqueta que por lo que veo, solo ha querido burlarse de tu sencillo amor y reirse á sus solas de tu desesperacion.

GONZALO. Tal creia yo tambien, porque en la sociedad tiene fama de coqueta... verdad es... Por lo mismo, curado ya de mi enfermedad y de mi amor, juré no volverla á ver nunca.

ENRIQUE. ¡Bien hecho!

GONZALO. Pero hace tres dias recibí una nueva invitacion para casa de su tio.

ENRIQUE. ¿A la cuál no habras ido?...

GONZALO. ¡Sí tal!... y la volví á ver...

ENRIQUE. ¡Pobre insensato! ¡No hay escape! Como todos.

GONZALO. La ví mas hermosa y mas amable que nunca... Sí, hermano mio, y conozco que la adoro cada vez mas.

ENRIQUE. Gonzalo, querido hermano, deja esa novela que á nada bueno te ha de conducir.

GONZALO. No puedo.

ENRIQUE. ¿Qué intentas hacer tan jóven? ¿Casarte?

GONZALO. Ese es todo mi sueño, mi única dicha.

ENRIQUE. Pues bien; yo veré á esa persona, y con mi esperiencia de veinte y siete años, lograré descubrir... ¿Se llama?

GONZALO. La Baronesa de Alvarado...

ENRIQUE. ¡Baronesa!... ¡Ah! ¡miren el novicio!

GONZALO. ¿De verás, la hablarás de mí? ¡Oh! Enrique.

ENRIQUE. ¿Lo dudas?... ¿no soy yo tu amigo, tu mejor amigo? Has olvidado lo que tú hiciste, siendo un niño aun, así que supiste en Inglaterra que yo era desgraciado... que habia sufrido un gran disgusto.

GONZALO. Cuya causa siempre he ignorado...

ENRIQUE. ¡De lo cual me alegro, y espero que no la sabrás nunca!... ¡Bien! ¿no querias tú entonces venir á hacerte matar por mí?... Ya ves que por mucho que haga, nunca podré pagarte.

GONZALO. ¡Oh! ¡querido hermano!

ESCENA V.

DICHOS. JACINTA. D. GASPAR.

JACINTA. *(Saliendo de la derecha.)* ¡Dios mio! ¡qué gritos! ¿ha oido usted D. Enrique el alboroto que hay en la puerta de la casa?

ENRIQUE. ¿Qué ha sido?

GONZALO. ¿Qué sucede?

JACINTA. ¡Qué! ¡Pero Dios mio! ¡qué conmovidos están ustedes!

ENRIQUE. No es nada, nada... dos hermanos que se estaban abrazando, pero..

GASPAR. *(En el foro.)* ¡Por aquí! ¡por aquí!

GONZALO. Gaspar.

GASPAR. No es mas que una caida de caballo, no hay que asustarse.

GONZALO. ¿Eugenia tal vez?

GASPAR. No, ha sido su padre, por fortuna.

GONZALO. ¡Gran Dios! ¡Ah! mi amigo... ¡el tio de la Baronesa!

GASPAR. Ha caido á dos pasos de aquí, encima del verde cesped. Ya creo habértelo dicho... es un buen señor metido á caballista... y la tal aficion le ha de costar caro. Como vuestra casa estaba tan próxima me he tomado la libertad de ofrecérsela... *(Gonzalo se marcha por el foro.)*

ENRIQUE. Has hecho bien... Pero estoy solo, y no sé cómo recibir...

JACINTA. Disponga usted de mí; iba á marcharme despues de haber visto todos esos preciosos regalos... Pero me quedo ya que me necesitan ustedes...

ENRIQUE. Acepto, Jacinta... Prepararás un cuarto, y dí á José que vaya corriendo á Madrid en busca de un médico.

GASPAR. Hételos aquí. *(Vase Jacinta por la derecha.)*

ESCENA VI.

ENRIQUE. D. CAMILO. GASPAR. GONZALO. EUGENIA.

GONZALO. *(En el foro.)* Coja usted mi brazo... y apóyese.
CAMILO. ¡Ay!... no me toquen ustedes por ese lado... ¡Maldito animal!
EUGENIA. Papá.
CAMILO. ¡Ay! no me toques ahí... ¡Caballo estúpido! Pero ¿adónde me traen ustedes?
GASPAR. En casa de D. Enrique de Lizana que está presente.
GONZALO. En casa de mi hermano.
ENRIQUE. Caballero, siento mucho que un suceso tan desagradable...
CAMILO. *(Queriendo saludarle.)* Caballero, yo agradezco... ¡Ay! ni saludar puedo; tengo roto el espinazo.
ENRIQUE. Ruego á V. que se siente.
GONZALO. ¡Aqui, en este sofá!
EUGENIA. Despacito.
GASPAR. Y con mucho tiento, que es lo que importa.
CAMILO. *(Sentándose.)* ¡Sí, con tiento, por Dios! ¡Uf!... ¡ay!...
GASPAR. *(Bajo á Enrique.)* ¡Es un dromedario! Y la chica, ¿qué te parece?
ENRIQUE. Bastante bien.
GASPAR. ¡Sí, no es verdad! es un partido muy estomacal.
EUGENIA. ¿Cómo se siente usted?
CAMILO. Nada bien, hija.... Me siento, roto, molido... por un lado... y por el otro... Yo que soy tan buen ginete... no lo entiendo.
GASPAR. Pues es muy sencillo... Permítame usted... yo venia detras departiendo agradablemente con Eugenia...
EUGENIA. Me venia haciendo reir.
GASPAR. De repente vemos que el caballo de usted vuelve á la derecha, asi... usted entonces se echa á la izquierda, asi; y digo yo para mi capote: Apostamos á que se cae... ¡á que se cae!... ¡Plan! ¡al suelo!
CAMILO. Sí, pero... en fin, yo.... ¡Ay! Veo que me será imposible volver á montar.
EUGENIA. ¡Oh! no tenga usted cuidado, papá, ya he envia-

do yo á Gerónimo en busca de mi prima. Estaba paseandose en su carruaje, y vendrá á recogerle á V. asi que sepa lo sucedido.

CAMILO. Has hecho bien.

GONZALO. ¡Ay! ¡Enrique! ¡querido hermano! *(Bajo á Enrique.)*

ENRIQUE. ¿Qué es eso? qué tienes.... Te has puesto pálido.... ¿Estás malo?...

GASPAR. ¿Quién? ¿Gonzalo?...

EUGENIA. *(Atendiendo tambien.)* ¿Qué tiene usted?

CAMILO. *(Aparte.)* ¡Pues! ¡ahora me dejan solo: gracias!

ENRIQUE. ¡Gonzalo!

GONZALO. No es nada, un vahido... ¿Es ella, no has oido? va á venir.

ENRIQUE. ¡Ah! es verdad. *(El Criado anunciando desde el foro.)*

CRIADO. La Sra. Baronesa de Alvarado.

EUGENIA. ¡Mi prima!

ENRIQUE. *(A Gonzalo que se turba.)* Vamos, firmes! ánimo!

ESCENA VII.

DICHOS. LA BARONESA.

BARONESA. *(Saliendo apresuradamente por el foro.)* ¡Qué es esto, tio? ¿qué ha sucedido? ¡Una caida de caballo! ¿Se ha hecho usted daño?

ENRIQUE. *(Reconociéndola.)* ¡Cielos!

BARONESA. ¿Está usted herido?

CAMILO. No lo sé... pero yo me he roto algo.

BARONESA. ¡Ah! ¡qué susto me ha dado usted! *(Reparando en Gonzalo y Enrique.)* ¡Ah! ¿pero en casa de quién estoy aquí?

ENRIQUE. En la mia, señora.

GASPAR. ¡En la suya! en la de nuestro amigo Lizana, el hermano de Gonzalo... Pero, ¿qué tienes? te vas á poner malo tú tambien.

GONZALO. ¡Hermano mio!

ENRIQUE. No es nada, un vértigo.

GASPAR. ¿Sí? ¡válgate Dios!... Todos tienen vértigos.

BARONESA. *(Muy conmovida.)* Perdone usted, caballero, si

me he tomado la libertad de presentarme asi en su casa: pero este suceso... me hallaba turbada á un punto..

CAMILO. Es mi sobrina y ya comprende usted, los vínculos de la sangre...

ENRIQUE. ¡Cómo, señora!... Aunque siento la desagradable causa que ha traido á usted aquí... me felicito de encontrar esta ocasion para dar á usted las gracias por las bondades que dispensa á mi hermano.

GASPAR. Tiene razon... es su niño mimado.

GONZALO. ¡Caballero! *(Bajo á Enrique.)* Con que la conocias.

ENRIQUE. ¡Oh! muy poco.

EL CRIADO. El médico está esperando en el cuarto del señor.

CAMILO. Un médico... ha tenido usted la bondad... Al menos ese se ocuparará de mí.

ENRIQUE. Permita usted, caballero, que mi hermano le acompañe... Esta señora tendrá la condescendencia de aguardar aquí...

BARON. ¡Cómo!...

CAMILO. Acepto con sumo gusto, amigo: porque si habia de contar con los de mi familia... Déme usted su baston, Gaspar.

GASPAR. Aquí le tiene usted... apóyese usted en él firme!... ¡es sólido!

CAMILO. Vamos á ver qué dice el médico. *(Se apoya y se rompe el baston.)* ¡Bravísimo! El baston sólido se ha partido por medio.

GASPAR. Pues mire usted, es la primera vez que le sucede.

GONZALO. *(Aparte.)* Se queda. *(Bajo á Enrique.)* Te he entendido... Va á hablarla en mi favor... te lo agradezco. *(Acompaña á D. Camilo.)*

GASPAR. *(Bajo á Enrique.)* Hazla un grande elogio de mí, chico... mira que la mano de la primita depende de ella... ¡Dile que soy un santo! *(Volviéndose al marchar.)* ¡Un santito! *(Vase por la derecha.)*

ESCENA VIII.

ENRIQUE. LA BARONESA. *A poco el* CRIADO.

ENRIQUE. *(A la Baronesa que quiere atravesar la escena para seguir á su tio.)* ¡Señora!...

BARONESA. Caballero... dispense usted... pasaba... iba... tengo una inquietud...

ENRIQUE. Pierda usted cuidado, no hay peligro alguno... y una vez que la casualidad me favorece... Usted no saldrá de aquí... está decidido.

BARONESA. ¿Piensa usted forzar mi voluntad?

ENRIQUE. No señora... Pero usted se quedará, necesito hablarla...

BARONESA. Es que... ese tono... no sé si debo escuchar.

ENRIQUE. Usted me escuchará, señora.

BARONESA. ¡Sabe usted que eso raya en tiranía!

ENRIQUE. ¡Tiranía! Bien sabe usted, señora, que nadie puede ejercerla sobre usted, si fuera sufrir la suya, tal vez...

BARONESA. ¡Ese lenguaje!...

ENRIQUE. No hay por qué ofenderse. Yo no la conozco á usted, señora baronesa. En otro tiempo conocí en la sociedad á una jóven que anunciaba las mejores disposiciones para la perfidia... Pero ya no existe, y no iré yo á despertar recuerdos desagradables para todos, especialmente cuando tengo que pedir á usted un favor.

BARONESA. No acierto á comprender...

ENRIQUE. Me va usted á entender, señora. Yo tengo un hermano, un hermano á quien quiero con la ternura mas ciega... su vida es mi vida; su ventura la mia.

BARONESA. Lo sé, caballero.

ENRIQUE. Alterar la paz de su alma, tan jóven, tan cándidida aun... es marchitar en flor su corazon.

BARONESA. Lo creo.

ENRIQUE. Y sin embargo, señora, eso es lo que usted ha hecho.

BARONESA. ¡Caballero!

ENRIQUE. ¿Há sido por amor hácia él, ó por odio hácia otro? Eso es lo que yo no podré decir, pero en fin, él ama á usted.

BARONESA. ¡Me ama!

ENRIQUE. ¡Cómo un insensato! ¿No es eso, señora, lo que usted ha buscado, cuando encendia en su corazon un amor que ha estado á punto de costarle la vida?

BARONESA. Y dígame usted, ¿qué es lo que yo he hecho para acusarme así?

ENRIQUE. ¿Qué ha hecho usted, señora baronesa?... lo que hizo la jóven de que hablé á usted hace un momento para

volver loco á fuerza de gracia y de bondad á aquel pobre jóven tan vehemente y tan confiado, á quien ambos conocíamos!... ¿Qué ha hecho usted? ¡todo lo que hubiera podido hacer una coqueta!

BARONESA. Voy creyendo que se le ha vuelto á usted el juicio en sus viajes...

ENRIQUE. En su mano de usted está el restituírmelo... Pero tiene usted razon, no sé lo que me dije... ¿Cómo se hubiera conducido una coqueta? Hubiera franqueado su casa á mi hermano; hubiera hecho de manera que la viese sin cesar, que se fuese entregando confiadamente á su amor para rechazarle triste y moribundo... y volverse á apoderar de él cuando ya se creyese curado para siempre... Esto es lo que hubiera hecho una coqueta, pero no usted, señora baronesa; á buen seguro.

BARONESA. *(Muy conmovida.)* Siéntese usted, caballero. *(Tomando asiento al lado del velador.)*

ENRIQUE. *(Continuando en pie.)* Mil gracias... Una coqueta hace concebir esperanzas ilusorias, deja que crean juramentos pérfidos... Hace mas todavía, acoge con una sonrisa halagadora la palabra grave y solemne de enlace, de casamiento, á fin de que la víctima caiga mas seguramente en sus redes... Y cuando todo está preparado, cuando llega el momento de estampar en el papel su firma... cuando el venturoso amante ha divulgado por todas partes la alegría de su triunfo... entonces, sin razon plausible, por cualquier capricho, le desdeña, le desaira sin piedad... sin misericordia!... ¡aun á riesgo de deshonrarle, á riesgo de ponerle las armas en la mano para vengarse!

BARONESA. ¡Ah!

ENRIQUE. ¡Esto es lo que hace una coqueta; pero usted nó, señora baronesa: cómo es posible!

BARONESA. Agradezco mucho el favor, caballero, pero ¿y si yo le dijera á usted que no he pretendido nunca que su hermano de usted me amase? ¿que yo no le amo?

ENRIQUE. Debió usted habérselo dicho.

BARONESA. ¿Antes de que él me hablase de ello?... dispénseme usted, eso hubiera sido conducirme como una coqueta... y hemos convenido en que yo no lo soy.

ENRIQUE. ¿Y si yo llego á decirle que otro hombre?...

BARONESA. Usted no dirá tal cosa.

ENRIQUE. ¡Cómo!...

BARONESA. Si me ama no le creerá á usted; solo verá en usted un hombre ofendido, injusto... no le creerá á usted.

ENRIQUE. Señora, me callaré; pero con una condicion. Pruébeme usted que me engañaba, ayudándome á curarle de su ciega pasion... No le vea usted mas... Por mi parte ya he hecho lo posible para alejarle pidiendo para él una plaza de agregado que hay vacante en la legacion de Turin... Cuento con algun influjo y me la han prometido... me alejo con él, me destierro por segunda vez, por usted, señora.

BARONESA. ¡Ah!

UN CRIADO. *(Saliendo por la izquierda.)* Una persona que viene de Burdeos pide permiso para hablar al señor.

ENRIQUE. ¡Ah! ¡de Burdeos! *(Aparte.)* De Laura. *(Alto.)* Voy. *(Vase el criado.)* Con permiso de usted, señora. *(Se dirige hácia la izquierda.)*

BARONESA. ¿Y es á Turin adonde piensa usted ir con su hermano? Yo hubiera creido...

ENRIQUE. ¿El qué?

BARONESA. Hubiera apostado que usted se iria al punto de donde llega esa persona que acaban de anunciar.

ENRIQUE. ¿Pór dónde sabe usted?...

BARONESA. ¿Qué vá usted á casarse allí?

ENRIQUE. ¿Quién ha podido decir?... ¿Gaspar, tal vez?

BARONESA. Sea quien quiera. No le detengo á usted, vaya usted, pronto... quizás le traen á usted la felicidad.

ENRIQUE. Adios, pues, señora, y no se olvide usted de nuestro convenio. *(Aparte al salir.)* ¡Ah! no quiero volverla á ver nunca. *(Despues de haberse marchado Enrique, la Baronesa que le ha seguido con la vista, echa una mirada en torno suyo y lo observa todo con curiosidad.)*

ESCENA IX.

LA BARONESA. GASPAR.

GASPAR. *(A la derecha.)* Bien está, voy á mandar que acerquen el coche.

BARONESA. ¡Ah! Don Gaspar, ¿y mi tio?

GASPAR. No hay el menor cuidado; el médico dice que no es nada, y él se está riendo ya de la aventura.

BARONESA. ¡Riéndose! pues no se quejaba hace poco...

GASPAR. Ahí verá usted; ahora que el médico responde de su salud ya no siente nada... le sucede lo que á tantos en el mundo que no saben si tienen calor ó frio como no consulten al termómetro... En este momento está enredado con un tazon de sopas y un cuarto de gallina... No come, devora... Ya se vé... el ejercicio le habrá abierto el apetito... Su pobre hija es la que me daba lástima... ¡qué atribulada estaba!... ¡me ha hecho saltar las lágrimas!

BARONESA. ¿Con que la quiere usted de veras?... ¿y ella?

GASPAR. Sospecho que no la soy indiferente.

BARONESA. Don Gaspar... ¿desea usted casarse con mi prima?

GASPAR. ¿Qué si lo deseo? con toda mi alma... Y sé que si usted consiente...

BARONESA. No debo ocultarle á usted que tanto á mi tio, como á mí, nos detiene la idea de que usted no se halla en posicion... no tiene usted carrera.

GASPAR. ¡Perdone usted! tengo tres ó cuatro.

BARONESA. Que equivale á no tener ninguna. ¿No me habia usted dicho que contaba usted con un poderoso protector en el Ministerio de Estado?

GASPAR. Con el mismo Ministro... ha dado palabra de colocarme asi que haya una plaza de agregado vacante...

BARONESA. ¿Su palabra, eh?... pues me temo que falte á ella...

GASPAR. ¡Un Ministro!... ¡es imposible!... Seria la primera vez.

BARONESA. Hay una plaza de agregado vacante.

GASPAR. ¿Dónde?

BARONESA. En Turin.

GASPAR. La acoto.

BARONESA. ¡De usted será!

GASPAR. ¿Mañana?

BARONESA. Hoy mismo.

GASPAR. Verdad es que de ese modo los escrúpulos del tio...

BARONESA. Lo primero es conseguir el destino... Pero silencio...

GASPAR. Callaré como un muerto.

BARONESA. Bien, diga usted á mi lacayo que mande arrimar.

GASPAR. A eso iba.

ESCENA X.

DICHOS. JACINTA. *A poco* GONZALO.

JACINTA. *(A la derecha.)* Ya no les hago falta.
BARONESA. ¿Quién es esa jóven?...
GASPAR. No se moleste usted, una amiga íntima de Enrique.
BARONESA. ¡Ah!
JACINTA. *(Saliendo.)* ¡Señora! *(Aparte.)* ¡Calla! ¡es ella!
BARONESA. ¿Usted conoce, segun me han dicho al señor de Lizana?
JACINTA. Es el que me ha colocado.
BARONESA. ¡El, cosa estraña!
GASPAR. ¡Estupenda!
JACINTA. ¿Por qué? A él se lo debo todo y tengo orgullo en confesarlo... He sido criada por su familia, por su tia, y Don Enrique me ha mirado siempre como una hermana.
GASPAR. Bueno, bueno...
BARONESA. Prosiga usted.
JACINTA. Con sumo gusto. Andando el tiempo Don Enrique se trajo á Madrid á un jóven paisano mio y le puso á aprender un oficio. Cierto dia... sabiendo que nos amábamos nos mandó que fuésemos á buscarle á un almacen de flores que se iba á abrir... «Amigos mios» nos dijo, «estais en vuestra casa... Yo voy á casarme con una jóven de quien estoy perdidamente enamorado. Este es mi regalo de boda. Casaos el mismo dia que yo; sed dichosos y que Dios os dé buena suerte!» Pero nosotros hemos sido mas afortunados que él. *(Gonzalo sale por la derecha y se detiene sin ser visto.)*
GASPAR. Entonces, ya no me admira el afecto que usted le profesa.
JACINTA. ¡Oh! por escusarle una pena daria todo lo que le debo.
GASPAR. ¡Hasta el marido!...
JACINTA. ¡Caballero!...
BARONESA. Bien. *(A Gaspar.)* Mande usted que acerquen el coche. *(A Jacinta.)* Muy bien. *(Vase por la derecha.)*

ESCENA XI.

JACINTA. GONZALO. GASPAR. ENRIQUE.

JACINTA. *(Siguiéndola con la vista.)* Sí, ella es... no hay duda...
GASPAR. *(A Enrique que sale por la izquierda.)* ¡Ah! caro Enrique, nos marchamos.
GONZALO. Enrique, hermano mio, ¿la has hablado?
ENRIQUE. Sí por cierto.
JACINTA. ¡Ah! Don Enrique... Gonzalo, si ustedes supiesen...
GASPAR. ¿El qué?
ENRIQUE. ¡Qué turbacion!
GONZALO. Habla.
JACINTA. Aquella señora que fué de hurtadillas á ver á usted cuando estubo enfermo...
ENRIQUE *y* GONZALO. ¿Qué?
JACINTA. Acabo de verla; está aquí...
ENRIQUE. ¿Aquí?
GASPAR. ¿Aquí?
GONZALO. ¿Aquí? ¡Esplícate! ¿Qué quieres decir?... Aquella muger cuyo porte era tan modesto, tan humilde!
JACINTA. Me engañé de medio á medio.
ENRIQUE. Yo no veo en esta casa quien...
GASPAR. La baronesa.
ENRIQUE. ¡Gaspar!
GONZALO. ¡Calla, lengua viperina!
GASPAR. ¡Estate quieto! *(A Jacinta.)* ¿Es esa señora, no es verdad? ¿la que ha entrado conmigo?
JACINTA. Sí.
GASPAR. ¿La que ha estado hablando con usted?
JACINTA. Sí.
GONZALO. ¡La baronesa!
ENRIQUE. ¡Es imposible!
JACINTA. No me cabe duda, sin embargo, de haber reconocido...
GONZALO. ¡Oh! sí... ella... Debe ser ella la que velaba por mí á escondidas... Debí haberlo adivinado. ¿Concibes mi alegria, hermano? Me ama...
ENRIQUE. No vayas á creer... Jacinta puede haberse engañado.

GASPAR. ¡Tendria chiste el lance!

GONZALO. Gaspar, ni una palabra de esto, te lo pido por favor... Si se llega á saber solo puede ser por tí... y entonces te mato.

GASPAR. ¡Gracias! ¡Vaya! ¡pues me gusta! ¿Y si es por otro?...

JACINTA. Yo tal vez he hecho mal en decirlo, señor don Enrique...

ENRIQUE. ¡Anda, vé, y cerciórate bien! y tú, Gaspar... *(Vase Jacinta por la derecha.)*

GASPAR. Yo voy á hacer que arrimen el coche... ¡Ah! oyes, fuera de bromas; si se llega á saber por otro...

ENRIQUE. ¡Bien, bien!

GASPAR. Voy á mandar que arrimen. *(Vase por el foro.)*

ESCENA XII.

ENRIQUE. GONZALO.

GONZALO. Era ella, hermano mio, la que venia á verme cuando yo me estaba muriendo por ella. ¡Ah! ¡me vuelvo loco de alegria!

ENRIQUE. Gonzalo, querido hermano, no creas en esa muger, yo la conozco... no tiene corazon.

GONZALO. ¡Gran Dios!

ENRIQUE. Y la prueba... es que no te ama, ni te ha amado nunca... ella me lo ha dicho, aqui, hace un instante... ya no te volverá á ver.

GONZALO. ¡Oh! eso seria horrible.

ENRIQUE. Es preciso olvidarla... Ven, nos marcharemos juntos, hoy mismo, esta tarde.

GONZALO. ¡Esta tarde!

ENRIQUE. Sí, una carta de Laura me obliga á partir... Alarmada por tu enfermedad... por mi silencio... quiere salir de Burdeos para venir en nuestra busca... ¡Ah! ¡querido hermano! ¡qué alma tan buena y tan noble es la suya!

GONZALO. ¡Oh! ¡tú si que eres feliz!

ENRIQUE. Nos anticiparemos á ella... Partamos, ven, huye de esa muger que no quiere mas que tu desdicha y la mia.

GONZALO. ¡Enrique! yo me entrego á tí... ¡Oh! ¡el dolor me matará!

ESCENA XIII.

DICHOS. D. CAMILO. LA BARONESA. EUGENIA. GASPAR. JACINTA.

CAMILO. (*A la derecha.*) Bueno... bueno... no necesito del brazo de nadie para sostenerme... El médico tiene razon, no me he hecho nada... no me duele nada.

BARONESA. ¡Pero tio!

EUGENIA. ¡Papá!

GASPAR. (*Desde el foro.*) Hermosa baronesa, ya tiene usted el carruaje á la puerta. Si nuestro interesante enfermo tiene la bondad de darme el brazo...

CAMILO. ¡Eh! ¡quítese usted de delante!... Señor Don Enrique, doy á usted las mas espresivas gracias por su hospitalidad... y si alguna vez tengo la suerte de que á usted...

GASPAR. ¿Le tire el caballo?...

CAMILO. Sí... digo, nó... en fin, caballero, mi casa y mi amistad son de usted, como lo son de su hermano... Gonzalo.

ENRIQUE. Agradezco á usted esa oferta de que por ahora no puedo hacer uso porque esta misma tarde nos marchamos de Madrid... mi hermano y yo.

JACINTA. (*Bajo.*) ¡Don Enrique, no me queda duda, es ella!

BARONESA. (*Bajo.*) Gonzalo, necesito ver á usted hoy, esta noche.

GONZALO. ¡Señora!...

BARONESA. Es preciso.

GONZALO. ¡Ah!

ENRIQUE. ¿Eh?

GONZALO. Nada.

EUGENIA. ¿Pero qué es lo que pasa?

GASPAR. Hija, no sé una palabra... estoy en Belen.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

Un gabinete elegante. Puerta al fondo. Puertas laterales. A la izquierda en primer término y junto á una chimenea, sobre la cual hay un espejo, un velador con instrumentos de dibujo. A la derecha, un piano.

ESCENA PRIMERA.

EUGENIA. *En seguida* GASPAR.

EUGENIA. *(Delante del espejo.)* Estoy segura que estas flores llamarán á la noche la atencion en el baile. ¡Ah! ya me parece estar en él... Trararí... trara... *(Poniéndose una flor.)* No, no, prefiero la rosa. Trarará. *(Ensayando un paso.)* Trarirú.

GASPAR. *(Saliendo por el foro y cogiéndola por la cintura intenta bailar con ella.)* Trarororó...

EUGENIA ¡Ay! *(Asustada.)* ¡Calle! ¿Es usted?

GASPAR. ¡Adelante! continúe la danza, ¡polkemos! Trara...

EUGENIA. Gracias, gracias. *(Riendo.)* Pues no es mala aprension.

GASPAR. Riase usted. *(Risa de Eugenia.)* ¡Así, mas! No crea usted que lo siento, al contrario, la risa le sienta á usted tan bien... tan... ¡ay!

EUGENIA. Caballero, yo...

GASPAR. Y ademas cuando usted rie me deja ver cosas tan bonitas... No hay que sonrojarse por eso... Cá! Los bonitos dientes pertenecen á la naturaleza.

EUGENIA. Vaya, hablemos de cosas mas sérias.

GASPAR. Hablemos.

EUGENIA. Estaba probándome esta corona para el baile... ¿No es verdad que el color de rosa me sienta bien?

GASPAR. ¡Divinamente! ¡El color de rosa! ¡oh! Pues si es lo que mas... Y lo mismo el blanco... Y el azul... ¡sin omitir el verde, por supuesto! Y luego con ese talle... ¡Ay! No sabe usted lo que me gustan los talles como ese. Es cosa que... *(Aparte.)* sobre todo desde la miniatura de la otra... de la jorobada...

EUGENIA. ¿Sí?

GASPAR. ¡Oh! Esta noche en el *suaré* ¡qué dicha!

EUGENIA. ¿Baila usted?

GASPAR. ¡A rabiar! Polko, valso...

EUGENIA. ¿En dos tiempos?

GASPAR. ¡Se entiende! ¡Oh! El vals de tres... lo desprecio, lo dejo á los alemanes!

EUGENIA. ¡Já! ¡já! ¡Qué oportuno está usted!

GASPAR ¿De veras? ¡Gracias! Eso me lisonjea y... cada vez me alegro mas de haberla encontrado aquí sola!...

EUGENIA. Yo tambien me alegro de estarlo...

GASPAR. ¿Sí? ¿No es verdad que se halla uno con mas comodidad? ¿Mas á gusto?... En fin, Eugenia... Hace poco he estado en el Ministerio... usted ignora la causa. Eso es muy natural, puesto que no lo sabe. Pero la causa es la siguiente. En el órden de las cosas estaba el que desde luego obtuviese yo de su familia de usted el consentimiento de nuestro amor, y en tal concepto me he conformado á esta costumbre antigua y ridícula... Como sino bastase decirle á usted: Eugenia, ¡yo la amo!... Es cierto que no me ocupo en nada, pero eso le conviene á usted... y á mí tambien. No tengo ningun diploma, ningun nombramiento, ningun título! ¡Ay! ninguno, Eugenia, ni siquiera el de abogado!

EUGENIA. Eso no me importa.

GASPAR. Ni á mí tampoco; pero soy lo que se llama... ¡un jóven lanzado!... ¡Pues! Tengo veinte y cinco años, dos caballos ingleses y... todo lo cual pongo á los pies de usted con mi corazon y mi fortuna, ¿usted acepta?

EUGENIA. *(Riendo.)* ¡Já, já, já, já!

GASPAR. ¡Se rie usted! ¡Bravo! *Magnifique!*... ¡Pero ya se vé! su familia de usted exigia que yo realzase las prendas físicas y personales que me adornan, con alguna posicion que

me diese cierto relieve. Supe que se hallaba vacante un puesto en la diplomacia, y como la he oido decir á usted que le gustaba mucho el viajar...

EUGENIA. ¡Mucho! ¡mucho!

GASPAR. Pues usted viajará, usted viajará. Yo se lo prometo. Para ello he estado en el Ministerio y merced á las relaciones de alta influencia, que su prima de usted ha puesto en juego anticipadamente, espero que muy pronto, dentro de una hora quizá no habrá el menor obstáculo á mis deseos.

EUGENIA. Al contrario.

GASPAR. ¿Eh?

EUGENIA. Por lo menos tengo miedo de que...

GASPAR. ¡Cómo! Esplíquese usted, Eugenia.

EUGENIA. Desde que usted se fué, no hacen mas que hablarme de otra persona...

GASPAR. ¿De otra? ¡Cielos! ¡Esto es como si me cayera encima la torre de Santa Cruz! ¡Otra persona!... ¡Prosiga usted por S. Pedro y S. Pablo!

EUGENIA. ¡Sí, se lo contaré á usted todo y con eso usted me aclarará!...

GASPAR. ¿Yo?

EUGENIA. Esté usted atento. Esta mañana al volver á Madrid, mi prima Leonor nos dejó para ir de negocios, de tiendas... Por señas que me compró estas camelias.

GASPAR. ¡Qué bonitas! Pero continúe usted.

EUGENIA. Volvió al cabo de dos horas... y no sé por qué estaba pensativa, y triste... ¿Por qué?

GASPAR. ¿Eh? ¡Ps! ¿Qué se yo? Como estaba nublado... Tal vez los nervios y la... Adelante, adelante...

EUGENIA. Un momento despues entré en su cuarto y la hallé anegada en llanto... y al lado de mi padre que la decia... «¡Esto es horroroso! ¡Es preciso confesarlo todo!»

GASPAR. Ola.

EUGENIA. «¡No, jamás! ¡Antes morir!» contestaba mi prima.

GASPAR. ¡Cáspita!

EUGENIA. Me presento, me ven, se miran y callan de repente estrechándose las manos.

GASPAR. ¡Oiga!

EUGENIA. Como usted lo oye. ¿Qué dice usted á todo eso?

GASPAR. ¿Yo?... Lo pensaré.

EUGENIA. Sí, sí. Pensemos... *(Pausa.)*

GASPAR. Pues señor: digo...
EUGENIA. ¿Qué?
GASPAR. Digo que no digo nada.
EUGENIA. ¡Toma! Eso mismo me pasa á mí.
GASPAR. Pero todo ello, ¿qué tiene que ver con esa otra persona?...
EUGENIA. ¡Ah! ya. La otra.
GASPAR. Pues... la otra persona. La que causa nuestro temor.
EUGENIA. ¡Continuaré! No tardaron quince minutos sin que me hicieran de ella los mas grandes elogios... ¡Es un escelente jóven! ¡Es un gran partido!... Mi prima sobre todo era la que mas insistia...
GASPAR. ¿Su prima de usted? ¡Oh! La ira me... y ese jóven... ¿quién es? ¿cómo se llama?...
EUGENIA. Don Gonzalo de Lizana.
GASPAR. ¡Gonzalo! ¿Y era su misma prima de usted quien?... ¡Bah! ¡Ya comprendo sus elogios! ¡Ay! Cáspita me habia usted dado un susto....
EUGENIA. ¡Calle! ¿y lo toma usted de ese modo?
GASPAR. ¡Claro está! Si Gonzalo no puede amarla á usted.
EUGENIA. ¿Cómo que nó?
GASPAR. Como que ama á...
EUGENIA. ¿A quien?
GASPAR. No... Es decir... la... Primeramente porque va á partir y no tiene tiempo... y luego porque ella no puede pensar en destinarle para usted... Justo.
EUGENIA. Pero... hable usted claro.
GASPAR. Perdone usted, Eugenia. Es un secreto.
EUGENIA. ¡Ola! Tiene usted secretos para mí.
GASPAR. No tal; pero... su prima de usted...
EUGENIA. ¿Leonor? ¡Ay! Hable usted. Soy tan curiosa.
GASPAR. Séame permitido...
EUGENIA. *(Con resolucion.)* Hable usted ó le doy calabazas.
GASPAR. No, por piedad... Sucumbo. *(Leonor sale por la izquierda sin ser vista.)* Pues... sepa usted que su prima... Pero por Dios no diga usted una palabra. Mire usted que en ello va mi vida.
EUGENIA. ¡Cielos! Con que mi prima...
GASPAR. Es decir, Gonzalo...

ESCENA II.

DICHOS. LEONOR.

LEONOR. ¿Y bien? Gonzalo...
GASPAR. (Uf).
LEONOR. ¡Qué!
GASPAR. Señora... yo... y ademas la... *(Aparte.)* (Maldita sea mi lengua).
EUGENIA. El señor me estaba diciendo que...
LEONOR. Sin duda que habia visto á Gonzalo...
GASPAR. Eso: precisamente, la decia eso mismo. ¿Verdad?
EUGENIA. ¡No por cierto!
GASPAR. Sí, Eugenita, sí. Que le habia visto con su hermano Enrique y que... ¡Vaya! como que en este momento ya habrán partido para Italia.
LEONOR. ¿Partido? ¿Cree usted?...
GASPAR. ¿No he de creerlo? Enrique al pasar en el tilburí con su hermano se despidió de mí y... ¡Que pálida se ha puesto!
EUGENIA. ¿Eh? ¿Qué?
GASPAR. Nada. *(Aparte.)* Y Eugenia decia bien; ¡tiene los ojos hinchados de llorar!
LEONOR. *(Apoyándose en un mueble.)* ¡Han partido! *(Alto.)* Pero... usted, *(A Gaspar.)* no ha visto aun al ministro? No ha obtenido todavia esa plaza... responda usted, sepamos...

ESCENA III.

DICHOS. D. CAMILO. GONZALO.

CAMILO ¡Vaya! Entre usted, amigo mio.
EUGENIA. ¡Gonzalo!
LEONOR. *(Dando un grito de alegría.)* ¡Ah!
CAMILO. ¿Qué diantre hacia usted en la calle?
GONZALO. Perdone usted, mas...
GASPAR. ¡Bravo! ¡La alegría ha vuelto á su semblante! *(Aparte mirando á Leonor.)*
CAMILO. *(A Leonor.)* Figúrate que he encontrado á Don

Gonzalo en la acera de enfrente mirando á nuestra casa.. Cualquiera hubiera dicho que no se atrevia á entrar. *(Aparte á Leonor.)* Creo que tenias razon. Sin duda está enamorado... *(Mirando á Eugenio.)*

GASPAR. El buen Gonzalo! Y yo que le juzgaba ya camino de Italia con su hermano.

LEONOR. ¡Con su hermano!

GONZALO. Sí... Es decir... me está esperando...

CAMILO. ¿Su hermano de usted? Ha rehusado venir á casa... y lo siento: hubiera querido tener el gusto de volverle á dar gracias. *(Bajo.)* Se me ha puesto en la cabeza que miraba á las ventanas del cuarto de Eugenia.

GASPAR. Yo he hecho cuanto he podido por traerlo, pero... ¿quién detiene á un hombre enamorado? ¡Porque Enrique lo está, lo está ciegamente de un ser ideal que él se ha creado, y que sin duda queria ir á buscar á los cantones de la Suiza! ¡Pues! Un corazon tierno, sensible, que lo haga muy feliz...

CAMILO. ¡Bien! Pero D. Gonzalo no tiene nada que ver con eso, debia quedarse entre nosotros. ¿Acaso necesita ir tambien por esos mundos de Dios en busca de corazones?

GONZALO. No, ¡si el que yo deseo me correspondiera, no necesitaria ir á buscarle tan lejos!

GASPAR. *(Aparte á Eugenia.)* ¿Eh? ¿Qué tal? Mire usted, mire usted que ojos la echa.

EUGENIA. ¿A quién?

GASPAR. (Uf) No, no, á nadie. (Vamos, no me puedo reprimir).

CAMILO. *(Bajo á Leonor.)* ¿No te lo dije? Eso es por Eugenia. *(Alto.)* Vaya, amigo mio, ¡tieneusted tanta cortedad!... nos trata usted con tal cumplido á nosotros que tan de veras le apreciamos todos... *(Mirando á Eugenia.)* Sí, todos... ¡Qué diantre! Cuando yo tenia la edad de usted y era buena figura...

GASPAR. Sí, hace dos ó tres años...

EUGENIA. ¡Já, já, já!

GASPAR. ¡Cómo la divierto!

CAMILO. Hé aquí sin ir mas lejos á D. Gaspar: á buen seguro que como tuviera que pedirme alguna cosa... hablaria...

GASPAR. ¡Hasta por los codos! Y apropósito, me alegro que haya usted venido para que oiga la respuesta que esta señora me pedia acerca del empleo que...

LEONOR. *(Inquieta por la presencia de Gonzalo.)* D. Gaspar...
GASPAR. ¿Señora? *(Volviendo á D. Camilo.)* Pues sí, del empleo que ella me dijo.
LEONOR. *(Aparte.)* Cállese usted.
CAMILO. ¿Y bien? esa respuesta...
LEONOR. *(Aparte.)* No conteste usted.
GASPAR. *(Aparte.)* ¡Anda! ¡aun continúan los arcanos!
GONZALO. *(Aparte.)* ¡No se van!
CAMILO. Vaya, D. Gaspar... acabe con mil santos...
GASPAR. Señor D. Camilo, permítame usted que... que me ciña tan solo á recordarle que amo á su hija de usted, y... que espero... *(Leonor le hace á D. Camilo seña negativa.)*
CAMILO. Caballero... yo soy... Es decir, ella... *(A Leonor)*. ¿Eh? ¿Qué?
GASPAR. *(A Leonor.)* ¿Cómo? *(A Leonor.)* Añadiré que si es preciso para ello lograr ese empleo...
CAMILO. ¡Ese... pues...! Ya... *(A Leonor.)* ¿Qué decias tú?
GASPAR. ¿Eh?
LEONOR. Yo...
CAMILO. (Demonio.) ¡Estoy mareado con tantas señas!
GASPAR. Repito que si ese empleo...
CAMILO. ¡Ah! Con efecto un empleo... siempre es un empleo.
GASPAR. Sí; sobre eso no hay cuestion.
LEONOR. Justo... Y... en tanto que mi tio vá á hablar... algunos instantes con Eugenia... usted podria irse...
GASPAR. ¿A pasear?...
LEONOR. No tal.
GASPAR. Ya caigo. Al Ministerio.
LEONOR. Pues.
GASPAR. ¡Comprendo! Comprendo perfectamente y voy.
GONZALO. *(Aparte.)* Quiere que la dejen sola.
GASPAR. *(Aparte á Eugenia.)* ¡Eugenia, constancia y firmeza!
EUGENIA. *(Idem.)* Descuide usted, Gonzalo no me gusta, es muy melancólico y usted en cambio...
GASPAR. ¿Qué?
EUGENIA. Me divierte mas que él.
GASPAR. ¡Oh! ¡noble rasgo de amor! ¡Oh! voy á coger mi sombrero. Señoras... Señor Don Camilo...
CAMILO. Agur, hasta despues.

GASPAR. Adios, Gonzalo. *(Dándole la mano.)* *(Aparte.)* ¡La divierto mas! ¡vamos me adora!
CAMILO. ¿Vienes, Eugenia? Pronto volvemos. Con permiso...
EUGENIA. *(Para sí.)* ¡Renunciar á un hombre que polka tan bien!... ¡Oh! ¡nunca! *(Se vá con D. Camilo.)*

ESCENA IV.

LEONOR. GONZALO.

GONZALO. ¡Solo! ¡Solo con ella!
LEONOR. Don Gonzalo, doy á usted gracias por haber accedido, viniendo aqui á la súplica que le hice.
GONZALO. ¡Súplica!... Cuando por verla á usted yo...
LEONOR. Siéntese usted... á mi lado, tengo que hablar á usted de asuntos íntimos y para los cuales ruego á usted me preste toda su atencion.
GONZALO. Señora...
LEONOR. Sin duda es muy delicado lo que tengo que decir á usted, pero el interés merecido que aquí todo el mundo siente hácia usted, lo habrá preparado, asi lo espero, á esta confianza que voy á hacerle.
GONZALO. ¡Una confianza! un secreto entre usted y yo!...
LEONOR. Sí. Hace algun tiempo que tengo el deseo, el proyecto... indiscreto quizá, de casarle á usted. Mi tio tiene una hija encantadora, su belleza, su alma ingénua y bondadosa... todo promete en ella al hombre que sea su esposa una compañera que...
GONZALO. ¡Ah! ¡Señora! Es usted muy cruel.
LEONOR. Gonzalo... No prosiga usted, se lo ruego. El secreto que iba á escaparse de esos lábios no me es desconocido... Al contrario... me ha sido revelado y bien cruelmente.
GONZALO. ¡Cielos! ¡Mi hermano quizá!
LEONOR. Y por mucho pesar que ese secreto me haya causado... por mucho que me haya hecho sufrir... me conmueve, no lo niego; pero... no se enoje usted si al mismo tiempo añado que no puedo inquietarme acerca de él sériamente.
GONZALO. ¡Ah! usted, Leonor, no sabe...
LEONOR. Sé que es usted jóven, apasionado; que se exalta

con facilidad... y que en eso tan solo consiste por fortuna el sufrimiento que le aqueja.

GONZALO. Pero no sabe usted que este sufrimiento hijo de mi carácter ó de una pasion verdadera, acabará con mí vida!

LEONOR. ¡Gonzalo!

GONZALO. Sí, usted no sabe que mi corazon la adora á usted... que yo no puedo existir sin amarla!

LEONOR. ¡Gonzalo! ¡Qué dice usted!

GONZALO. Es mi alma, Leonor, mi alma la que habla en este momento, la que entrega en sus manos de usted su felicidad ó su desventura eterna, la que le dice á usted que la idolatra, la que le pide una palabra de consuelo... No: menos que eso, Leonor. Calle usted y que su silencio sea una señal de amor para mí. Su silencio siquiera y me contaré por dichoso!

LEONOR. Caballero... No me daré por ofendida por lo que acabo de oir y hasta quiero perdonárselo á usted; pero reflexione usted á su vez y con calma el orígen de ese sentimiento que de tal modo le estravia... y créame; usted... usted mismo no hallará en él nada de lo que las grandes pasiones... A estas nos liga siempre un lazo eterno, indisoluble... Lazo que consiste en una feliz alegria ó en un triste infortunio... en haber sido pérfido ó engañado... ¡Pero una pasion ligera!... Un amor que nace... Eso, Gonzalo, acaba fácilmente... usted verá, no lo dude, disiparse muy pronto esos sueños de usted que tanto deploro y... usted aceptará en cambio la amistad que yo le ofrezco. Sí. Aunque no sea mas que por su propia dignidad... acéptela usted, ¡Gonzalo, amigo mio!

GONZALO. ¡Amigo!

LEONOR. ¿Por qué nó? Este es el único sentimiento que puedo ofrecerle... ¡Qué! ¿Lo rehusará usted?...

GONZALO. Leonor... ¡Leonor! ¿Qué pretende usted de mí?... *(Le coge la mano. La puerta se abre, Enrique aparece en ella.)*

ESCENA V.

DICHOS. ENRIQUE.

LEONOR. ¡Ah!

ENRIQUE. *(Saludando.)* Señora... Te esperaba, Gonzalo.

GONZALO. Enrique...

LEONOR. No creiamos tener el honor de verle á usted por aqui, caballero, habiéndose usted negado á una invitacion...

ENRIQUE. Muy galante sin duda... y que agradezco en el alma... Pero... una respuesta, una concesion del Ministro debia apresurar mi partida para Turin... Asi lo esperaba al menos. Sin embargo, el Ministro me ha faltado á su palabra... pero esto no sucede con él solo. Otras promesas habia tambien, otros compromisos á los cuales no preveia yo que pudiesen faltar, y admire usted mi candor, señora, la promesa que yo habia creido mas sincera, era la de un pobre loco para quien no ha sido su empeño mas que una vana palabra. Mas al recobrar su libertad me ha devuelto la mia y yo por fortuna he hecho un precioso uso de ella presentándome en seguida en su casa de usted. Y á la verdad no sé si es por efecto de mi imprevista llegada, pero... ¿no siente usted, señora, la especie de turbacion que parece haberse apoderado de todos nosotros en este momento?

GONZALO. ¡Cómo! Tu crees...

LEONOR. De ningun modo, caballero.

ENRIQUE. Pues... yo no negaré por mi parte la agitacion que se ha apoderado de mí al volver á ver estos sitios!

GONZALO. ¡Qué! ¿Tú habias venido alguna otra vez aquí?

ENRIQUE. Hace años... Presentado por un amigo... por el hermano de esta señora... Era una noche de baile... y en ella tuvo principio cierta novela... cuyos recuerdos me estremecen.

GONZALO. ¿Por qué?

LEONOR. No comprendo.

ENRIQUE. Nada mas sencillo, señora. Cuando se presentan los mismos síntomas, se temen iguales resultados y... al ver que entre las personas que uno quiere hay alguna cuyo corazon es sensible y exaltado... se tiembla por ese corazon y se vela por él... Porque esas personas no saben, no creen la verdad... y se concibe muy bien. Hay tantos encantos en un mirar angelical, en una voz dulce y pura, que... el corazon á quien seducen no quiere sino respirar y existir en el error que adora.

GONZALO. ¡Hermano mio!

ENRIQUE. ¿No es verdad, Gonzalo? Esta es tu situacion...

ese el estado de tu alma... ¡Oh! dígale usted, señora... usted que es muger y cuyas palabras por lo tanto tendrán sin duda autoridad sobre Gonzalo... Dígale usted que hay naturalezas fatales á las que devora una indomable necesidad de agradar... sin que nuestra leal mirada pueda distinguir al enemigo por entre la doblez que oculta su perfidia.

GONZALO. ¡Enrique!...

ENRIQUE. Dígale usted tambien que es preciso alejarse cuanto antes de esos encantos peligrosos, y salvar un corazon que engañan, y un porvenir que marchitarian.

LEONOR. ¡Caballero!... Yo no puedo asociarme á sus deseos de usted para arrojar en el alma de su hermano secretos deplorables que no comprendo, y que así como sus palabras de usted no quiero comprender tampoco, porque... si otra cosa hiciera... se lo juro, temeria ser injusta y cruel.

ENRIQUE. Pero mi hermano está presente y usted prometió...

LEONOR. A él toca responder á usted antes de que vuelva á verme. *(Se dirige hácia la izquierda.)*

GONZALO. ¡Ah! señora, no crea usted... *(Se dirige hácia ella: Leonor le detiene con una mirada y se vá.)*

ESCENA VI.

GONZALO. ENRIQUE.

GONZALO. *(Yendo hácia la puerta.)* ¡Señora!

ENRIQUE. *(Deteniéndole.)* Quédate.

GONZALO. ¡Oh! suelta. ¡A tí, á tí, solo debo mi desventura!

ENRIQUE. ¡Gonzalo!

GONZALO. ¡Sí: mi desventura!... ¡Oh! Bien lo veo: Tú le has hablado esta mañana y... ¡y no ha sido para favorecer mi amor segun me lo habias prometido!

ENRIQUE. Ha sido para protegerte, para defenderte, para echarle en cara...

GONZALO. ¡Bondades que me hacian dichoso! Quién te ha pedido...

ENRIQUE. ¡Gonzalo! ¡Esa muger te engañaba!

GONZALO. Pues bien. A nadie mas que á mí pertenece el condenarla ó absolverla.

ENRIQUE. ¡Oh!... Eso es ya demasiado... sabe, pues...

GONZALO. Sí, que te habia prometido no verme, no amarme...

Pues bien... ya puedes estar contento. Leonor ha cumplido su promesa.

ENRIQUE. ¿Qué quieres decir?

GONZALO. Que aquí, en este mismo sitio donde tú has estado tan severo, tan injusto con ella, Leonor me repetia hace poco lo que le habias exigido, Leonor me decia que no me amaba, ¡que era preciso que yo renunciase á mi pasion!

ENRIQUE. ¿De verás?

GONZALO. Y con una lealtad, con una dulzura...

ENRIQUE. ¡Que te ha destrozado el alma!

GONZALO. ¡Sí! Y además... ademas me ha propuesto... ¡Oh! No quisiera repetirlo.

ENRIQUE. Acaba... Te ha propuesto...

GONZALO. Casarme...

ENRIQUE. ¿Eh? ¡cómo!...

GONZALO. Sí; casarme con Eugenia, con su prima.

ENRIQUE. ¡Casarte! ¡Ah! Gonzalo... si ella te ha dicho eso, si ha concebido ese proyecto de buena fé, y no con el fin de irritar mas tu loca pasion...

GONZALO. ¡Todavía mas acusaciones!

ENRIQUE. Bien. No tengo razon... sí... yo te juro olvidarlo todo, perdonarla...

GONZALO. ¿De qué? Si te han hablado contra Leonor, si alguien la acusa será algun fátuo que desdeñado por ella quiere vengarse calumniándola... ¿Qué me importan á mí esas acusaciones?

ENRIQUE. ¿Cómo? Podrias creer...

GONZALO. Yo no creo nada mas, sino en la que amo, Enrique. No intentes pues oponerte á ello, no intentes llevarme contigo.

ENRIQUE. Es necesario.

GONZALO. No: me quedo en Madrid.

ENRIQUE. ¡Gonzalo!

GONZALO. Me quedo, mal que te pese á tí que eres hoy causa de mi desesperacion! ¡Ah! Yo me creia ya dichoso cuando has vuelto. Esperaba.

ENRIQUE. Escucha...

GONZALO. No, no, déjame... no quiero oirte ni una sola palabra. *(Se vá.)*

ENRIQUE. ¡Gonzalo!

ESCENA VII.

ENRIQUE *solo.*

¡Huye de mí! ¡Me acusa! ¡Y es tambien á ella á quién debo este nuevo pesar!... ¡Oh! ¡No me engañó mi presentimiento! al pisar el suelo de esta casa me decia el corazon que aquí me esperaban mas amargos sinsabores... Aquí... ¡donde ahora estoy solo..., y tan cerca de ella!... No sé qué esperimento al encontrarme en la estancia donde hace cuatro años... Sí, es la misma. ¡He ahí el piano al cual yo la acompañaba! ¡El velador sobre el que ella trazó aquel retrato mio que me devolvió luego!... ¡Recuerdos fatales! Ayer cuando un imprevisto accidente la presentó á mi vista; despues de las revelaciones de mi hermano, yo me creia mas fuerte, mas sereno... Pero aquí, al escuchar sus últimas palabras, al ver su última mirada cuando se alejaba de mí, y al hallarme entre estos objetos queridos que vuelvo á encontrar casi del mismo modo que los dejé... ¡Pobre hermano mio! Cómo no temblar por el estravío de su amor cuando yo... yo que no la perdonaré nunca...

ESCENA VIII.

ENRIQUE. JACINTA.

JACINTA. *(Saliendo por el foro y como si hablara con alguno.)* Sí: pregunto por la Señora Baronesa.

ENRIQUE. ¡Qué veo! ¡Jacinta!

JACINTA. ¡Don Enrique!

ENRIQUE. ¿Tú en esta casa? Cómo es que...

JACINTA. Nada mas sencillo. Ya lo vé usted vengo á traer unas flores que han ido á encargarme.

ENRIQUE. ¿No sabes? Esta misma es la casa de aquella señora que esta mañana...

JACINTA. ¿De veras? Lo ignoraba completamente. Pero usted...

ENRIQUE. Yo solo he venido por mi hermano y parto... Adios...

JACINTA. Un momento. Iba á verle á usted en cuanto saliera de aquí...

ENRIQUE. ¿Tú?

JACINTA. Y aun habia alquilado para ello un carruaje que me espera á la puerta.

ENRIQUE. ¿Y bien?

JACINTA. Tome usted esta carta... Tenia que entregársela á usted en propia mano y...

ENRIQUE. ¿Una carta? ¿De quién?

JACINTA. Lo ignoro. Pero una señora muy linda que fué á casa á preguntar por usted la escribió allí mismo encargándome que al punto...

ENRIQUE. ¿Una señora?

JACINTA. Que dijo acababa de llegar á Madrid y que demostraba quererle á usted mucho.

ENRIQUE. ¡Cielos! ¡Laura sin duda!...

JACINTA. ¡Ola! ¡parece que usted la conoce! Bien, bien, ahora... con su permiso de usted voy á llevar mis flores á Doña Leonor. Hasta la vista. *(Se vá.)*

ENRIQUE. *(Solo.)* Laura en Madrid en estos momentos!... ¡Oh! *(Lee.)* «Enrique, voy á ver á usted y tiemblo al pensarlo» ¿Qué es esto? «En el instante que vá á des»enlazarse entre nosotros la novela que la mas noble »de las mugeres habia imaginado para curar su corazon »de usted uniéndolo al mio» *(Movimiento de estrañeza.)* »yo misma me pregunto con terror si no habremos usted »y yo soñado una felicidad imposible.» ¡Imposible! «Exis»te en mi vida un fatal secreto que es fuerza respetar. ¿Se »siente usted con valor para ello? Si así fuese; vuele »usted á mi lado; pero si mi amor no le bastase á usted »¡oh! que no volvamos jamás á vernos» *(Deja de leer.)* ¡Dios mio! ¿Qué significa?... ¿Perderé ademas del afecto de un hermano, el cariño que constituia mi feliz esperanza y que debia consolarme de todas mis penas? ¡Oh! volemos al encuentro de Laura, sepamos de una vez.

ESCENA XI.

ENRIQUE. GASPAR. GONZALO.

GONZALO. *(Saliendo por el fondo.)* ¡Ah! Gaspar! ¡Mi querido Gaspar! ¡qué dichoso me haces!

GASPAR. ¡Sí, bien! pero... cáspita! suéltame que me estrangulas!
ENRIQUE. ¡Gonzalo!
GONZALO. ¡Tenias razon, hermano mio, esa muger me engañaba!
ENRIQUE. ¿Leonor? ¡Ah! Ya lo ves. Partamos.
GASPAR. ¿Cómo! ¿Eh? ¿Qué diablos decís?
GONZALO. ¡Nos engañaba á todos!... Pregúntale á Gaspar.
GASPAR. ¿A mí? Pero si yo no comprendo una palabra... Es decir... Por último, contaré lo que sé y...
GONZALO. Sí, díle á Enrique...
GASPAR. Pues bien. Así quizás ustedes puedan descifrarme este embrollo. Figúrense ustedes que yo volvia contento, lleno de júbilo á ver á Doña Leonor que ha arreglado mi matrimonio con Eugenia...
ENRIQUE. ¡Eugenia! la muger que te destinaba...
GASPAR. ¿Eh? ¡Caramba! ¿Cómo eso?
GONZALO. ¿Lo ves, Enrique? Tú dices bien, no quiere casarme, me engañaba.
GASPAR. Pero señores, sepa yo...
ENRIQUE. ¡Era un lazo! Como yo me sospeché.
GONZALO. ¡Sí, un fingimiento que tú le habias exigido, un desden que ella no sentia!
ENRIQUE. ¡Oh!
GASPAR. ¡Pido la palabra. Quiero que me digan ustedes si tratan de birlarme mi novia. ¡Cáspita! La otra pase, pero la mia...
GONZALO. ¡Eh! ¡No, cásate con ella en buena hora!
ENRIQUE. ¡Qué perfidia!
GASPAR. ¿Perfidia? La perfidia seria que yo me quedase á la luna de Valencia. Pues hombre esto solo faltaba! Cuando para casarme acabo de obtener la plaza vacante en la legacion de Turin...
ENRIQUE. ¿Tú?
GONZALO. La plaza que tú solicitabas para mí.
GASPAR. ¡Qué oigo! Chico, perdona, yo ignoraba... Pero ya no tiene remedio.
ENRIQUE. ¿Estás nombrado?
GASPAR. Hace media hora.
ENRIQUE. ¡Oh!
GASPAR. Pero no es mia la culpa. Esta mañana en tu casa, ella me dijo que para obtener la mano de su pri-

ma era indispensable que me diesen ese destino, y yo...

ENRIQUE. ¿Te lo dijo Leonor?

GASPAR. ¡Cabal!

ENRIQUE. ¡Pero esto es una traicion infame!

GONZALO. No, no. Es solo que ella no ha querido dejarme partir.

ENRIQUE. Basta, Gonzalo, basta. Mi pecho siente sus antiguos odios, su justa cólera y... debo dar gracias á Dios por ello, sí... mi corazon desmayaba hace algunos instantes pero... pues ya han llegado los agravios á este estremo, pues solo un escándalo puede ya convencerte de tu funesto error y cerrarnos para siempre las puertas de esta casa... ¡oh! yo lo daré. Ven conmigo, Gaspar.

GASPAR. ¡Poco á poco, yo no quiero que me metas en esos ruidos!

GONZALO. Enrique...

ENRIQUE. ¡Oh! Es fuerza que digas á todos la verdad y la dirás.

GASPAR. No señor. Yo no diré nada, soy diplomático; ¿estamos? Y no habrá quien me saque una palabra del cuerpo. *(Dentro D. Camilo.)* Sí; mi sobrina va á salir: que enganchen su carruaje.

ENRIQUE. ¡Don Camilo!

GONZALO. ¿Qué vás á hacer?

GASPAR. Yo me escapo...

ENRIQUE. No, aquí quieto; quietos aquí los tres.

GASPAR. Pero hombre...

ESCENA X.

DICHOS. D. CAMILO. *Despues* LEONOR.

D. CAMILO. *(Saliendo.)* ¡Calle! ¡Don Enrique en esta casa! celebro que al fin...

ENRIQUE. Don Camilo... usted segun creo tiene un sobrino.

D. CAMILO. Sí, hermano de Leonor y que se halla de guarnicion en Barcelona... Don Enrique, celebro mucho...

ENRIQUE. Perdone usted... He conocido á ese sobrino en un dia funesto... Es un hombre de honor y siento que no se halle aquí porque entonces á él solo me habria dirigido para pedirle cuenta.

D. Camilo. Cuenta... ¡cómo! ¿de qué?

Enrique. De una comedia infame que se está representando, en su familia de usted, y á la vista de usted, señor don Camilo.

D. Camilo. Caballero...

Gaspar. (Pues la cosa empieza suavemente que digamos.)

Enrique. Pero una vez que su sobrino no está aquí; delante de usted que es un hombre honrado y que será juez de mis acciones, quiero arrancar la máscara...

Gonzalo. Enrique, que está ahí... *(Leonor aparece por la izquierda.)*

Gaspar. Ya revienta la bomba...

Enrique. Quiero arrancar la máscara, repito.

D. Camilo. ¿A quién, caballero?

Enrique. *(Sin ver á Leonor.)* A una cruel muger que nos ha tomado á mi hermano y á mí un odio mortal... encendido en su corazon con la mas refinada coquetería y los mas pérfidos amaños un amor imposible... Imposible, sí; y haciendo se desbaratase el plan que yo habia formado para separar á Gonzalo de ella, para alejarlo de Madrid.

D. Camilo. ¡Pero! cómo supone usted que...

Enrique. ¡Oh! Gaspar me lo ha dicho.

Gaspar. (¡Huy!) Yo: poco á poco; entendámonos, yo ignoraba la... (Pero por qué me meten en este lio.)

Enrique. No lo dude usted; ademas, esa misma muger ha tenido la audacia de ofrecer á mi hermano para engañarle tambien, la mano de su hija de usted que habia prometido á otro.

D. Camilo. ¿A otro?

Enrique. ¡Sí, Gaspar me lo ha dicho!

Gaspar. ¡Yo! (Maldito seas!) Señores, permítanme ustedes... (¡Este hombre me vá á perder!)

Gonzalo. *(Bajo á Enrique.)* Por piedad; repara que te está escuchando.

Enrique. ¿Qué me importa?

D. Camilo. Caballero... semejantes acusaciones...

Enrique. ¡Necesitan quizás mas fundamentos! Pues bien, si es preciso recordaré un pasado que se levanta entre nosotros como la mejor prueba. Sí: revelaré á mi hermano, delante de usted, delante de todos, que no es él el único á quien ha engañado así; que un pobre jóven, tierno y crédulo como él, se vió víctima del mismo amor, de los

mismos amaños y de las mismas ilusiones! Su sobrina de usted que no era Baronesa todavía...

D. Camilo. Don Enrique!...

Enrique. ¡Aquí, en esta misma estancia fué donde se convirtieron en lágrimas de amargura y desesperacion, las dulces esperanzas que embriagaban el alma de aquel pobre jóven! ¡Sí, aquí... aun me parece estarlo viendo feliz, alegre, rodeado de parientes y amigos; fijos sus ojos en aquella que le habia hecho soñar el mas venturoso porvenir! Y... cuando ella se levantó para firmar en el contrato la felicidad que habia prometido, aun me parece que veo tambien entrar á su padre, hombre virtuoso y de honor... y de pronto ponerse el rostro de aquella muger sombrío, pálido... y esclamar arrojando al suelo la pluma que su amante la presentaba... «Caballero, yo no »le amo á usted. Yo no quiero ser esposa suya!»

Gaspar. ¡Calle!

D. Camilo. Don Enrique... usted ignora aun... *(Leonor le contiene con una mirada.)*

Enrique. No, por vida mia. El enigma tardó muy poco en aclararse... porque al cabo de un mes, esa muger se casaba con un título y un millon.

Gonzalo. ¡Cielos!

Gaspar. (¡Soberbio negocio!)

D. Camilo. Repito que usted ignora...

Enrique. No es eso todo. Era preciso que hubiese sangre para hacer mas duradero aquel recuerdo aciago y... el amante vendido, lleno de vergüenza y dolor, pidió satisfaccion del insulto que habia recibido al hermano de aquella muger.

D. Camilo. ¡A mi sobrino!

Leonor. ¡Ah!

Enrique. Sí, ambos se batieron...

Leonor. Yo no sabia tal suceso, Enrique.

Enrique. Y el amante fué herido.

Leonor. ¡Cielos!

Gaspar. (¡Anda! ¡le sacudieron encima!)

Gonzalo. ¡Señora!... ¡vacila! ¡se desmaya!

D. Camilo. ¡Leonor!

Leonor. No es nada. Nada, querido tio.

D. Camilo. Caballero, á semejante imprudencia es imposible callar y yo romperé el silencio aunque...

GONZALO. ¡Enrique, Enrique!

ENRIQUE. Yo no la he provocado. Mas cometida ya, me felicito de que ella sea el término de una indigna intriga. Ahora Gonzalo, sígueme... salgamos de aquí.

LEONOR. Caballero...

D. CAMILO. Don Enrique... quédese usted... Es fuerza que á mi vez, yo...

LEONOR. Querido tio, yo se lo ruego, déjenos usted. Ya no salgo, y usted, Gonzalo.

GONZALO. Leonor... ¿usted me llama?...

GASPAR. Señor don Camilo, ruego á usted que no me atribuya...

D. CAMILO. Chito; usted tiene la culpa de todo esto.

GASPAR. ¿Yo? (¿No lo dije? ¡Ahora van á pegar conmigo!)

ENRIQUE. Gonzalo.

LEONOR. *(A Gonzalo.)* Un momento no mas.

GASPAR. Y usted Leonor, me cree tambien?...

LEONOR. Déjeme usted, jamás le perdonaré lo que ha hecho.

GASPAR. (¡Pues señor, esto sí que tiene gracia! ¡Ellos riñen y yo... maldita sea mi boca!) *(Se van Gonzalo y don Camilo.)*

LEONOR. Don Gaspar...

GASPAR. Entiendo. Beso á usted... Si yo pudiera ver á Eugenia. *(Se va.)*

ESCENA XI.

LEONOR. ENRIQUE.

LEONOR. *(A Enrique que se vá.)* No, usted no se irá sin escucharme, caballero.

ENRIQUE. ¡Yo! ¿á qué fin, señora?

LEONOR. ¡Es preciso que usted me escuche; usted no puede dejar así á una muger cuya vida entera acaba de calumniar!... Profundamente conmovida, humillada, acepto su enojo de usted. En buen hora; pero al mismo tiempo no quiero vivir despreciada de nadie.

ENRIQUE. ¡Y qué, señora! ¿Quién me ha obligado á volver á esta casa que yo no debia hacer pisado de nuevo?... ¿dónde sufro tan cruelmente? ¿Para qué, en fin, se trata de detenerme aun? ¡Oh! Harto débil he sido. *(Vá á irse.)*

LEONOR. ¡Enrique, yo se lo ruego á usted por lo que mas

ame usted en el mundo! Quédese usted en nombre de su hermano.

Enrique. ¡De mi hermano! ¡Oh! Esa palabra me presta mas energía. ¡A Dios!

Leonor. En nombre de Laura...

Enrique. ¡Señora! ¿Qué nombre ha pronunciado usted?

Leonor. El de una muger á quien usted ama apasionadamente puesto que ha bastado invocarle para hacer que permanezca usted al lado de la que aborrece.

Enrique. ¡Usted la conocia!

Leonor. Puede usted detenerse aquí, sin recelo; Laura no le espera á usted...

Enrique. ¡Cómo!

Leonor. Tal vez yo deberia dejar á esa misma persona el cuidado de justificarme.

Enrique. ¡A ella!

Leonor. ¡Sí; ella le diria á usted cuán injusto, cuán cruel ha sido usted conmigo!

Enrique. ¡Injusto!... señora... no comprendo... pero vamos á ver... Esplíqueme usted aquel fatal suceso, esplíqueme usted lo que hoy mismo... Dígame usted una palabra, una sola...

Leonor. Lo que yo diré á usted, ahora que hay un abismo entre nosotros, es, que si su hermano de usted se ha engañado acerca de los motivos de esos cuidados, de esa tierna amistad que yo le prodigaba, usted cuyo corazon sensible y delicado conozco bien, debia haber comprendido que ese intéres en que Gonzalo no ha visto mas que amor, tenia sin embargo un principio mas antiguo y mas puro. Solo, sin guia, sin apoyo alguno, yo atraia á Gonzalo como una hermana de usted, Enrique...

Enrique. Pero Gonzalo la amaba á usted y sin embargo...

Leonor. ¿Podia yo por ventura adivinar su amor? ¿Podia yo en fin amarle... siendo hermano de usted?

Enrique. ¡Usted le amaba por mí! ¡Pero esto es para perder la razon! ¡por mí, señora! ¡Por mí, á quien usted habia aborrecido, engañado, vendido, á quien usted habia condenado á dejar á España para ocultar mi dolor!

Leonor. ¡Para ocultarlo! ¡Ah! Yo he tenido mas valor que usted. Yo me he quedado para ser desgraciada.

Enrique. ¡Usted! ¡Cómo! Ese esposo, ese anciano que le llevó á usted un nombre ilustre, una fortuna...

LEONOR. ¡Sí; le debo mas que la vida! Era el mejor amigo de mi padre y fué tambien para mí el mejor de los hombres. Él supo leer en mi alma que no podia poseer mi amor... y un dia me dijo con acento lleno de nobleza y bondad... «¡Leonor yo no he buscado en tí mas que una »hija; quiéreme como se quiere á un padre!» ¡Y al dejarme sola un instante despues, yo esclamaba de rodillas. «¡Gracias Dios mio! ¡Al menos podré pensar en Enrique »y confesarme á mí propia que le amo!»

ENRIQUE. ¡Cielos! ¡usted me amaba! ¡usted que me rechazó de su lado! ¡usted me amaba!

LEONOR. En tanto que usted escribia á su tia á Burdeos... «¡Nada queda en mi corazon para esa muger: solo la »profeso el mas frio desprecio...!» ¡Ah! Yo he leido esas cartas, Enrique, y guardando mi amor en lo mas profundo de mi pecho, compadecia á aquel de nosotros dos que despreciando á quien fué su ídolo, habia perdido el consuelo de un cariño leal, puro!... Quien eso hacia era sin duda el mas desgraciado.

ENRIQUE. ¡Oh! ¡sí! ¡lo era!

LEONOR. Entonces supe tambien que su tia habia formado respecto de usted ciertos proyectos; que otra muger en fin...

ENRIQUE. Sí: otra, es verdad. Otra que en este instante olvido escuchándola á usted, y cuyo afecto tierno y puro me hacia soñar aun la dicha que en un tiempo creí perdida; y sin embargo... esa muger me aguarda, me ama y yo no vuelo á su lado; y yo le pido á usted una palabra que la justifique de lo pasado. ¡Ah! Dígala usted... Leonor... ¡Qué! ¿usted no vé lo que estoy sufriendo? ¡Sí, á qué he de ocultarlo. Ni el tiempo ni la ausencia han podido sofocar este amor que dó quiera he llevado conmigo! Yo me juzgaba libre de él, pero... cuando á mi vuelta, al verme entre usted y mi hermano, procuraba apagar en el corazon de Gonzalo el fuego que le devoraba, lo sentia encenderse á mi pesar en el mio... Queria huir con él de esta casa que me aterraba y... Sépalo usted, Leonor, en ella hay un encanto irresistible que me aterra mas aun... Y cuando por salvar á Gonzalo, yo la ultrajaba á usted, aquí, hace pocos instantes, con el recuerdo de un pasado cuyo prestigio me fascinaba todavia... ¿No conocia usted en mi voz, en mi emocion, en

mi enojo, que yo me delataba á mi pesar? ¿No leia usted en mi rostro que yo era desgraciado?

LEONOR. ¡Sí: porque usted ha sido el mas injusto de los dos!

ENRIQUE. ¿El mas injusto? ¡Luego usted me ama! Sí, sí, usted lo ha dicho y yo lo creo en mis lágrimas mas aun que en las de usted, Leonor... Pues bien... entre nosotros existe un misterio fatal... El misterio de nuestra antigua separacion... Hable usted, dígame usted que no era libre entonces, que la obligaron á usted á...

LEONOR. A nada. Yo sola fuí la causa.

ENRIQUE. ¡Oh! una palabra, y la creeré á usted, y me verá usted á sus plantas diciéndole como en los tiempos de nuestra felicidad... ¡Leonor! ¡Yo te amo!

LEONOR. *(Con esfuerzo.)* Enrique, déjeme usted.

ENRIQUE. ¡Una palabra, por piedad!

LEONOR. Nunca.

ENRIQUE. ¡Usted no era culpable!

LEONOR. Sí: Yo sola *(Con mas emocion.)* y mas aun de lo que yo pensaba... porque al separarme hoy de usted voy... voy á arrebatarle á usted la última ilusion que le quedaba, la última esperanza de felicidad que sin saberlo usted... mi amor habia dado al suyo...

ENRIQUE. ¿Qué quiere usted decir?

LEONOR. ¡Yo buscaba á fuerza de ternura volver á conquistar un corazon que habia perdido!

ENRIQUE. ¡Usted! ¡cómo!

LEONOR. Yo... ¡loca de mí! apelé al misterio y á la amistad de su tia de usted para conseguirlo!

ENRIQUE. ¡Cielos!

LEONOR. Lo creí un momento en el amor que sus cartas de usted respiraban, y...

ENRIQUE. ¡Mis cartas! ¡cuáles!

LEONOR.... Y esperaba de este modo hacerme dueña de su amor de usted hasta el punto que al descubrirme pudiera usted consentir en no preguntarme nada sobre lo pasado.

ENRIQUE. ¡Por compasion! ¡acabe usted! ese misterio á qué se refiere, esas cartas...

LEONOR. *(Sacándolas.)* Trataba de que las leyésemos juntos...

ENRIQUE. ¡Cielos!

LEONOR. ¡Pero se las vuelvo porque mi esperanza ha desaparecido!

ENRIQUE. *(Tomándolas vivamente.)* Mis cartas á Laura! ¡Oh! *(Leonor desaparece.)* Sí: ¡no me engaño! ¡Laura! ¡Era ella! ¡Leonor! Y aquellas páginas tan llenas de ternura que venian á consolarme cuando yo la maldecia eran de Leonor tambien! ¡De Leonor á quien yo amaba creyendo vengarme de ella! ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio! *(Cae en el sofá abatido.)*

ESCENA XII.

ENRIQUE. GONZALO. *Despues* GASPAR.

GONZALO. ¡Enrique! ¡Enrique!

ENRIQUE. ¡Gonzalo!

GONZALO. Enrique ¡hermano mio! Sí tú supieras... Leonor...

ENRIQUE. ¿Qué? Leonor...

GONZALO. Sí. A quien tu acusabas tan cruelmente...

ENRIQUE. ¡Y bien! acaba.

GONZALO. ¡Déjame respirar de alegría! Su mismo tio... el único que en el mundo era sabedor de ese fatal secreto... su tio acaba de revelármelo todo.

ENRIQUE. ¿Sí? El te ha revelado...

GONZALO. Ese hombre, ese futuro de Leonor que tanto la amaba y á quien ella... rechazó al tiempo de firmar el contrato...

ENRIQUE. Prosigue...

GONZALO. ¡Ella no hizo mas que salvarle!

ENRIQUE. ¿Qué quieres decir?

GONZALO. Ella solo llevó á cabo un noble, un heróico sacrificio... que ha pagado con la dicha de toda su vida: sí, la mañana misma de su boda... Leonor habia sorprendido un secreto terrible. Su fortuna... el honor de su padre estaban gravamente comprometidos!

ENRIQUE. ¡De su padre!

GONZALO. Sí: ¡iba á perderse sin remedio! Y á consecuencia de ello, el hombre á quien ella amaba iba tambien á verse envuelto en aquella ruina, porque el padre de Leonor trataba de ocultarle la verdad de su situacion.

ENRIQUE. ¡Cómo! Semejante lazo...

GONZALO. Pero Leonor sin que lo supieran se decidió á evitarlo; rompió ella misma con su amante y le salvó sin

afrentar á su padre cuya fortuna y honra compró casándose con el baron de Alvarado.

ENRIQUE. ¡Oh! sí: ¡Eso es! Eso debe ser. ¡Todo lo comprendo! ¡Por eso se declaraba aquí mismo culpable ella sola! ¡Por eso ocultaba la verdad respetando la memoria sagrada de su padre! ¡Ah! ¡Tienes razon! Es un ángel á quien no se puede menos de adorar eternamente.

GASPAR. *(Dentro.)* ¡Esto es indigno! ¡Ola! Me alegro de veros. ¡Habeis hecho muy bien en desenmascarar á una coqueta!

GONZALO. Gaspar, no hables así.

GASPAR. Quiero. Me complazco en repetir en voz alta. ¡Una coqueta! ¡Ahora salimos con que ya no me dán la plaza para Turin! Voto á... ¡Qué demonio! Carga si quieres con mi empleo, pero en cuanto á mi novia... Y esa muger quiere violentar su inclinacion... ¡La inclinacion de la pobre víctima! ¡Quiere que me trate como ella trató á aquel otro!

ENRIQUE. ¡Silencio!

GASPAR. ¡Pues! A aquel otro, á aquel amante engañado...

ENRIQUE. ¡Gaspar!

GASPAR. ¡Dale! ¡Si quiero hablar alto! ¡Estoy hecho un gato montés!

GONZALO. Leonor no ha engañado á nadie. Mi hermano estaba en un error!

GASPAR. ¡Tu hermano! ¡Hombre tú has perdido el seso! ¡Pues si tu hermano es el amante en cuestion!

GONZALO. ¡Cielos!

ENRIQUE. ¡Miserable!

GASPAR. ¡Ah! ¡poco á poco!

GONZALO. Tú, ¡Enrique! ¡Tú! ¡Ah! ¡Ya lo veo todo! ¡Y me lo ocultaste! ¡Y me engañabas!

ENRIQUE. ¡Gonzalo! ¡Hermano mio! ¡escúchame! ¡Yo no te he engañado! Yo confiaba demasiado en mí mismo... y no creia volverla á amar!

GONZALO. ¡La amas!

ENRIQUE. Pero ambos partiremos al instante lejos de aquí. Sí, Gonzalo. ¡Huyamos los dos de estos sitios! ¡Pronuncia una palabra y te seguiré sin vacilar!

GASPAR. (¡Pues señor! Está visto que todo lo echo á perder.)



